

Las Declaraciones de Cossío Villegas

POR ALFONSO NORIEGA

DANIEL Cossío Villegas es, por derecho propio, uno de los intelectuales más distinguidos del México contemporáneo. Al mismo tiempo, es un ejemplo del nuevo tipo de intelectuales que no confía, exclusivamente, en la agudeza de su talento o de su ingenio, sino que lo respalda o alimenta con el cultivo intensivo de muy diversas disciplinas y, por tanto, de una auténtica cultura y una información científica no tan solo abundante, sino también selecta y de primera mano. Creador en gran parte de la más importante empresa editorial; sabio en doctrinas sociales y económicas, recientemente ha realizado una tarea gigantesca al escribir y dirigir una obra monumental: la Historia Moderna de México.

Todos estos títulos y muchos más que podríamos traer a cuento, confieren a don Daniel una autoridad y una solvencia intelectual y moral extraordinarias. En consecuencia, los juicios que este hombre, tan alerta de los problemas nacionales, tan sagaz en el enjuiciamiento de los mismos y tan certero en los aspectos críticos y constructivos, revisten siempre una gran importancia y deben ser considerados con el mayor detenimiento, porque, en la casi totalidad de los casos, implican orientaciones que deben atenderse.

Hace unos cuantos días, Cossío Villegas fue entrevistado públicamente en unas jornadas culturales y sus juicios merecieron con justicia, una amplia y particular consideración por parte de EXCELSIOR, cuyo olfato periodístico es indudable. En las contestaciones que el sabio historiador y sociólogo de la realidad mexicana dio en aquella ocasión, tocó fibras muy sensibles de la vida contemporánea de nuestra patria y provocó, como era natural, innumerables comentarios, la mayor parte favorables y uno que otro, sin consistencia, de rechazo de sus ideas. Por mi parte, con todo el respeto que tengo para el gran intelectual, magnífico investigador y generoso amigo, quiero glosar, desde mis personales puntos de vista, algún aspecto de sus trascendentales puntos de vista.

:::

LA parte más interesante de sus declaraciones, en mi opinión, es la que se refiere a su afirmación en el sentido de que en México el término o calificativo de "reaccionario" ha caído en desuso, porque la derecha mexicana se ha declarado revolucionaria de modo que parece que ya no hay más que un solo campo: el campo revolucionario. Cossío Villegas recordó los discursos que en otros tiempos pronunciaban, cada año, los grandes hombres de la iniciativa privada, tanto del sector de los banqueros, como del de los industriales y comerciantes, en los que hacían duras críticas de la actividad gubernamental, postulaban propios criterios y ponían en la picota a los secretarios de Hacienda y de Economía. Y, después de esto, agregó que hoy día ninguno de los representantes del llamado sector de la iniciativa privada, ataca ninguna de las metas, o bien el programa de la Revolución, porque todos se han pasado al campo revolucionario. Hoy día, concluyó, todos hablan el mismo lenguaje, siguen los mismos propósitos y todos parecen usar los mismos medios. La palabra reaccionario se ha convertido en cosa de museo; "se necesitaría —concluyó— un pedestal para colocar en él a quien en este momento tuviera el valor de gritar: ¡Yo soy un reaccionario!

Es incuestionable que el juicio termi-

nante de Cossío Villegas corresponde a un hecho, claro y patente, de la realidad que se vive en México desde hace algunos años. Por mi parte, con temor de empañar las opiniones de don Daniel, me atrevo a pensar que este hecho obedece a que en nuestra patria se ha perdido el impulso creador; se carece de una mística de una creencia, de una idea-fuerza, fecunda. Los mexicanos, en todos los sectores —y en la mayor parte de las veces—, vamos al garete, sin grandes ideales y sin convicciones profundas, dejando correr las cosas, con tal de tener seguro el pan nuestro de cada día y... lo demás que venga por añadidura.

:::

PARA mí es indudable que cuando consideramos las grandes creaciones del espíritu humano, tanto en lo material, como en las formidables catedrales góticas; como en lo espiritual, por ejemplo, las grandes revoluciones, la francesa, la mexicana o la rusa; así como en el campo de las letras, las grandes obras literarias, Cervantes, Dante, Shakespeare, Goethe; debemos llegar a la convicción de que nunca podrían haberse realizado, si no hubieran estado inspiradas en una gran idea, si no las hubiera impulsado una mística, una idea-fuerza, poderosa, creadora y hondamente arraigada, que fue capaz de inspirar a los grandes espíritus individuales en unos casos y, en otros, de mover la inteligencia y la voluntad para lograr que miles y miles de seres se conjugaran y siguieran, dócilmente, a uno o a unos, que lanzaban las ideas al medio social.

Estas místicas, estas ideas-fuerza, son las que han creado las grandes culturas, las grandes creaciones del espíritu humano — y las que han sido capaces de mover la mente creadora y la mano realizadora de todo lo que ha producido el hombre. En escala universal, o bien en perspectiva, han sido la consecuencia de una verdadera y auténtica mística, que ha podido engendrar la capacidad creadora.

Es por ello que se explica lo reducido y mediocre del desenvolvimiento de nuestro país en muchos aspectos: hace tiempo se ha perdido, desgraciadamente, el impulso de una mística, de una creencia, de una idea-fuerza, creadora y fecunda; ni tan siquiera en los elementos que participan en la política activa, ni en algunas clases sociales específicas, se descubre este impulso; en todas ellas predomina lo opaco, lo turbio, lo inconsistente, cuando no los valores negativos, o bien la simulación o la mentira.

Desde luego merece la pena considerar al sector gubernamental. Quienes llegan a ocupar los más altos puestos directivos de la nación, o logran hacerlo porque los ayuda un supuesto "monopolio del poder", o bien, una política "de carro completo". Alcanzan estas situaciones, porque siguen fieles a la vieja mística que animó a la Revolución Mexicana: servir a ella y, en justa compensación, alcanzar las metas más preciadas en el gobierno de la República.

:::

PERO, por otra parte, debemos llegar a la triste situación de que, en lo general, no existen ni individuos aislados, ni grupos organizados, en el sector oficial, que sean capaces de postular y expresar una verdadera mística, toda vez que ésta no existe, ya que ha sido sustituida, desgraciadamente, por un interés persistente y exclusivo de alcanzar puestos

SIGUE EN LA PAGINA OCHO